

fundamental para que tanto el Parque como la isla no sean simplemente “un lugar de trabajo más”. Mediante las charlas, los juegos y las actividades que hemos organizado, queremos que los guías no sólo den buena información a sus clientes si no que también transmitan amor por esta tierra y la necesidad de su conservación.

Mi experiencia de formación como guardaparque

Augusto Luis Sánchez
Parque Nacional Lanín, Argentina
portada@smandes.com.ar

(Augusto Luis, el “Colo” para los amigos, es Guardaparque y profesional del turismo)

Veinte meses duró mi capacitación como guardaparque nacional de la República Argentina. Esto sucedió entre abril de 1982 y noviembre del año siguiente. El Centro de instrucción de Guardaparques Bernabé Méndez se encontraba en la Isla Victoria, corazón del Parque Nacional Nahuel Huapi y cuna de los Parques Nacionales Argentinos.

Eran años difíciles en mi país. El mismo mes que se inició mi capacitación, se producen las acciones bélicas en nuestras Islas Malvinas. El resultado del conflicto precipitó la finalización del denominado “Proceso de Organización Militar”, el cual será recordado por la historia como uno de los momentos más sangrientos y oscuros que tuvimos que vivir.

En ese contexto de país empecé a prepararme como guardaparque, recibiendo primeramente formación en el área de las ciencias naturales, con materias como biología general, botánica y fauna, sistemática de todos los seres vivos, ecología, evolución, edafología, observación y reconocimiento de flora y fauna, biogeografía, geomorfología, etc. Y muchos años después descubrí que un visionario llamado Arturo Tarak, nos

enseñó los principios de lo que ahora se llama Biología de la Conservación.

Otra parte de la capacitación pasaba en adquirir habilidades para vivir en áreas rurales, uso y manejo de motosierras y hachas, manejo de vehículos y embarcaciones, diferentes disciplinas de esquí, cuidar y usar caballos, caminar en todo tipo de ambientes, escalada, reparar motores en general y nociones básicas de electricidad, carpintería, albañilería y otras.

Esto no terminaba allí. Otro grupo importante de asignaturas tenían que ver con la aplicación de las leyes y reglamentos que rigen dentro del sistema federal de áreas protegidas, procedimientos administrativos y hasta el uso y métodos de emplear la fuerza por intermedio de armamentos.

Pasaban los meses, estudiando y adquiriendo habilidades, y algunos nos estábamos poniendo inquietos porque no llegaban las materias que pensábamos nos iban a interesar más, que eran las relacionadas con los aspectos sociales y de comunicación con los visitantes a los parques nacionales. El visionario que mencioné anteriormente nos decía: “tengan paciencia ya van a llegar las materias humanistas”.

Por otro, lado los que se sentían identificados con las ciencias naturales estaban súper contentos, y se dedicaban a coleccionar plantas, animales, insectos, investigar en el laboratorio, algunos pensaban que serían los salvadores de los parques nacionales por el gran conocimiento teórico y práctico que adquirirían de los ambientes naturales,

Los otros pensaban que eran los salvadores porque se sentían los “Rambo” de la conservación, eran duros, recios... los llamábamos militares o policías frustrados.

Hasta ese momento nos estaban enseñando, no formalmente, pero sí informalmente, que la actividad turística y los turistas o visitantes en general eran el mayor enemigo para lograr buenos niveles de conservación de áreas naturales protegidas.

Más peligroso que el daño provocado por la ganadería o los incendios forestales.

Y algunos esperábamos algo más, pero sin descuidar nuestra formación en las otras orientaciones, hasta que por fin algo cambió. Primero llegaron dos mujeres, jóvenes profesionales que trabajaban en la sede central de Parques Nacionales, que habían realizado dos cuadernillos sobre Interpretación de la Naturaleza, adaptando los manuales de esta temática del Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos.

Tuvieron un éxito tremendo, pero ¿porqué? Éramos 40 jóvenes entre 20 y 25 años —en esa época no se admitía a las mujeres—, que vivíamos en una isla. Solamente cada 15 días podíamos viajar hasta San Carlos de Bariloche, por unas 48 horas. Y ellas entonces tendrían unos 30 años, imagínense... había ciento por ciento de asistencia.

Transcurridos los años descubrí qué fallo tuvieron para dar una formación satisfactoria: fue la falta de experiencia directa. Nos explicaban las ventajas y desventajas de la interpretación personalizada y no personalizada, pero en la primera no estuvieron frente a un grupo de personas en un ambiente natural y en la segunda habían realizado un folleto para el famoso Bosque de Arrayanes, pero no sabían como influía su folleto sobre los visitantes.

Por suerte, siempre desde mi punto de vista, aquel visionario, logró que desde los Estados Unidos, viajaran varios guardaparques especializados en Interpretación de la Naturaleza, denominación que le dábamos en esos años.

En nuestro caso, la decimocuarta promoción de guardaparques nacionales, conocida como “La Poderosa”, recibió la experiencia y conocimiento del Park Ranger Gregory Kroll; decíamos entonces: “todo un personaje”, y eso que tiene discapacidad física como consecuencia de una enfermedad en su juventud.

Durante tres semanas nos transmitió cientos de vivencias directas y conocimientos teóricos y la propia autocrítica que en esos años se estaba realizando en el Servicio de Parques Nacionales de su país.

Pero lo que más nos convocaba era el sentimiento que le ponía a su trabajo, y la importancia que representaba para él, en su plano profesional y personal, el poder motivar a la gente para que vean más allá del alcance de su vista en todo lo referente a los ambientes naturales, y cómo eso se relaciona directamente con la vida da cada uno.

Durante esas semanas teníamos 2.000 visitantes diarios para realizar nuestra propia experiencia de interpretación personalizada También confeccionamos folletos y senderos, por lo tanto, practicamos con la interpretación no personalizada.

Hasta los aspirantes a guardaparques más orientados a la faz policial, realizaron interpretación. Luego de la participación de Gregory, todo fue distinto, porque él nos ayudó a interpretar la vida desde otra óptica y, por supuesto, sobre nuestro

futuro laboral como guardaparques nacionales de la Argentina.

Muchos nos orientamos profesionalmente hacia la interpretación de la naturaleza, trabajando básicamente con esfuerzo personal y buscando a los que hacían cosas parecidas.

Lamentablemente, las autoridades de turno de la Administración de Parques Nacionales de Argentina dicen que esta actividad es muy importante, pero en los hechos no se concreta.

Hace casi 20 años que realizo actividades de Interpretación (ahora) del Patrimonio, lamentándome siempre que cada vez menos, porque el destino laboral y personal me llevó a especializarme en actividades turísticas dentro de áreas naturales protegidas. Pero no pierdo la oportunidad de hacer algo de esto que tanto me reconforta el espíritu; por ejemplo, la semana pasada di una charla a chicos de 8 y 9 años sobre el Hanta Virus (virus mortal para los humanos y transmitido por roedores) a través de un cuento y ahora estoy escribiendo estas líneas que pretenden iniciar el camino de transmisión de mis experiencias.

A seguir interpretando.

El Colo

La accesibilidad física e intelectual de todos tipos de público al patrimonio cultural (II)

Antonio Espinosa Ruiz
Villajoyosa, Alicante
antonio.espinosa@ua.es

(Esta es la segunda entrega que nos hace nuestro socio y colaborador Antonio. Es Director del Servicio y Museo Municipales de Arqueología y Etnología de Villajoyosa, y profesor asociado de Arqueología de la Universidad de Alicante.)

En el número anterior expuse algunas reflexiones sobre la accesibilidad física al patrimonio cultural. En esta ocasión quisiera centrarme en la otra cara de la

misma moneda: la accesibilidad intelectual.

Veamos algunos ejemplos de dificultad: podríamos comenzar por los simples textos de los museos, que suelen utilizar un lenguaje ciertamente *inaccesible*, porque requiere una importante dosis de formación académica previa.

Podemos colocar en una vitrina una fíbula anular hispánica (ahí es nada) con un cartel que diga precisamente eso, y quedarnos tranquilos de que hemos dado una información correcta,

pero ¿qué porcentaje de visitantes va a comprenderlo? ¿No será mejor escribir *imperdible ibérico*, y debajo o entre paréntesis si se quiere la palabra técnica? O mejor aún, vestir a un maniquí a la manera ibérica con su fíbula abrochando las vestiduras. El patrimonio arqueológico y, en menor medida pero también, el etnológico, se encuentran fuera de época y de lugar, es decir, descontextualizados, y requieren un fuerte tratamiento museográfico para que el gran público los entienda, pero no sólo en lo que respecta a grandes planteamientos o a criterios generales, sino también en los pequeños pero múltiples detalles que pueden formar una barrera insalvable entre el visitante y el contenido del museo o lugar que se visita.

La realidad nos muestra un predominio absoluto de los museos que conservan un fuerte aspecto y tratamiento académicos, en detrimento de los criterios didácticos, que sin merma del rigor científico son los que deberían de primar. Es lo que tenemos, pero se le puede sacar más partido del que parece, tanto utilizando las publicaciones didácticas y divulgativas que algunos museos ponen a nuestro alcance como mediante las visitas guiadas y otros recursos. El guía es en cierto modo un intérprete, es quien puede transmitir al visitante de la forma más cálida posible un patrimonio que de por sí suele resultar bastante frío.

Nuestros museos siguen siendo casi siempre casas de las musas, lugares sagrados donde al entrar nos invade un sobrecogimiento reverencial y una atmósfera de templo potenciada por luces asépticas, vitrinas y prohibiciones no explicadas, y en los que además pretendemos que tropas de infantes más o menos indisciplinados guarden un respetuoso silencio y se abstengan de tocar nada. La posibilidad de interacción, de auto experimentación es nula, pero seguimos sorprendiéndonos y culpando a los maestros o al sistema o a la sociedad –o a quien sea, menos a nosotros mismos– de que los chavales no se vayan encantados y satisfechos, de que tengan más ganas de acabar la visita y corretear

por el patio –o, lo que es peor, por el vestíbulo del museo– que de disfrutar de una contemplación que a nosotros tanto nos satisface. Volvemos al *matadero cultural*, pero en versión escolar. Antes los rechazábamos porque nos molestaban (a los escolares), ahora los necesitamos para dar unas buenas cifras de visitantes y los deseamos, pero muchas veces nos siguen *ocupando* poco –he estado a punto de escribir *preocupando*, o *importando*–.

El guía –un buen guía, claro– puede marcar la diferencia entre un visitante defraudado y otro satisfecho, y todos sabemos las graves consecuencias que acarrea el primero. Con el guía pueden allanarse las dificultades de comprensión, se puede recibir una buena información escueta sobre los distintos contextos culturales, se pueden solucionar dudas de todo tipo. Para ello es necesario que ese guía conozca bien aquello de lo que habla, y si es posible haya ampliado conocimientos con lecturas que puede haber seleccionado previamente con ayuda del propio personal del museo. Diríamos que es necesario que se *enamore*, o en palabras más actuales, que se *enganche* un poco con aquello que va a contar. Si no lo vive, si no le toca alguna fibra, difícilmente transmitirá nada que no sean conceptos. En el Museo Municipal de Villajoyosa hemos intentado que los alumnos de la Escuela de Turismo Lope de Vega que han hecho prácticas con nosotros participen en todas las fases de la investigación, de modo que cuando las transmitan a los visitantes lo hagan en primera persona: ya tenemos mucho camino avanzado para captar el interés del grupo.

Otra dificultad en el acceso intelectual a nuestros museos o yacimientos la constituye el propio formato de las exposiciones: textos poco contrastados en letra de pequeño tamaño, o sólo en un idioma –sea castellano o valenciano, en nuestro caso–; piezas y carteles demasiado altos –inadecuados para niños, personas bajas o en silla de ruedas–; deficiente señalización de itinerarios o de los diversos servicios y dependencias de uso público del edificio, etc., se suman para formar una montaña de trabas que afectan a la mayor parte de nuestros visitantes. Por poner un ejemplo, la vejez suele traer aparejadas dificultades de visión, de modo que son problemas que de un modo u otro nos van a afectar irremisiblemente a todos con la edad. Un joven de mediana estatura puede no tener dificultades para ver la parte alta de las vitrinas, pero sí un niño de 10 años, al que habrá que coger en brazos para que él también pueda hacerlo.